

PACOTILLAS

LIBRO PRIMERO

CAPÍTULO PRIMERO

Una tarde de holganza

El primer viernes de Marzo, por la tarde, corren en la buena ciudad de México malos vientos, que, cruzando por las aulas de los colegios, dispersan y arrastran á la regocijada y juvenil muchedumbre, que debía, llenándolas, escuchar las doctas lecciones de los respectivos catedráticos. Ningunas escuelas se encuentran tan expuestas como la Preparatoria y las de Medicina y Jurisprudencia, á estos torbellinos primaverales, que, anunciando la proximidad del equinoccio, barren el polvo en las calles y la concurrencia de alumnos en las cátedras.

Varias razones hay para que en la tarde de que hablamos deserten de las aulas sus cotidianos frequentadores: es la primera y principal, que, por caer en ella la fiesta del Señor del Rebozo, las calles próximas á las

dichas escuelas están esa tarde henchidas de compacta y abigarrada multitud, que va y viene á la iglesia de Santa Catalina de Sena, donde se celebra la religiosa solemnidad; y los estudiantes, inquietos, fisgones y alborotadores de suyo, no desperdician la bella oportunidad que se les presenta para trocar el monótono y serio espectáculo de la cátedra por el bullicioso y alegre de las calles concurridas.

En uno de estos últimos años, no hace al caso determinar cuál, y en la tarde del viernes de que hablamos, los estudiantes de la Escuela de Medicina tuvieron á bien, siguiendo tan inveterada costumbre, escurrirse bonitamente del austero edificio, obligando á los pobres catedráticos á meditar á solas, en el recinto de la cátedra, sobre lo divagada, lo perezosa y lo mal entretenida que es la pícara juventud.

Entre los alborotadores grupos que salieron á vagar, y á aumentar con su regocijo y travesura el bullicio de la fiesta callejera, vamos á detenernos en uno, formado por cuatro guapos y alegres chicos, estudiantes de tercer año de Medicina. Cada uno con su libro debajo del brazo, con el sombrero más ó menos ladeado, y rebo-sando júbilo en el semblante y maliciosa vivacidad en la mirada, salieron precipitadamente de la Escuela, no sin haber hecho antes alguna diablura á la mula, y haber lanzado tres ó cuatro atronadores gritos intercalados con estridentes silbidos.

De dos en dos, y cogidos del brazo, lanzáronse, corriendo casi, por la fea, extensa y triste calle de la Perpetua, bromeando con los transeuntes, chuleando á

las criadas mozas y galanteando á las pollitas, que, con fingida gravedad y estudiada compostura, se dirigían á la Encarnación á desempeñar también, aunque de mala gana, escolares tareas. ¡Pobrecitas colegialas! ¡Cuánto les estorbaba esa vez su traje femenino, y á qué temprana edad comenzaban á sufrir la ruda tiranía bajo la cual gime subyugado el sexo tierno! Con gusto hubieran trocado las pollitas aquellas sus ricitos de la frente y sus listones de color claro, por el más feo sombrero y por la peor corbata, para poderse entregar en cuerpo y alma á la alegre gresca de esa tarde.

Mas dejando á las colegialitas ir por su camino, sigamos á nuestros cuatro alegres paseantes.

Llegado que hubieron á la esquina de Santa Catalina y la Perpetua, antojóseles hacer alto, y el de mayor estatura y mejor cara de ellos, dijo al más feo del grupo:

—Oye, Chango, pásate á la otra acera, para que esa chica que viene por la Cerbatana se espante contigo y pase por este lado.

—Te haría un flaco servicio, Pacotillas, — contestó el aludido, — te expondría á una crisis de vanagloria aguda que terminará mañana con una *desengañitis* grave. Encárgale la comisión á Patillitas, que te sigue como si fuera tu perro, y que por llegar á ser tu segundo tendría á mucha honra servirte de tercero.

—Chango de los demonios, — contestó el segundo aludido, — tan feo como tan envidioso, tan aspirante á gracioso como tan bruto, y...

—Y se te agotó el ingenio, mas supliéndole con tu

mala educación empezabas una letanía de insultos,—dijo el que sus compañeros llamaban Chango.

—¡Eh! háganse á un lado,—dijo el que no había hablado aún,—que por allí veo venir al profesor de Patología externa jalándose los bigotes. No sea que después de la gran *salada* nos coja con las manos en la masa, como dijo el otro.

—No hay que molestarse,—contestó el que llamaban Pacotillas,—vendrá absorto en sus filosofías; es hombre de tal suerte hecho que si pasa la catedral no la ve; cuando tropieza con algún guardacantón, se descubre y le dice: «Usted perdone.»

—A mí es á quien han de esconder,—dijo el que llamaban Patillitas;—por allí viene el papá de mi última *conquista*, y me ha amenazado con la gran paliza.

—No te la echas,—contestó el Chango,—sería lástima de palo. Yo, en lugar de ese señor, te dejaba enamorar á mi hija, para que la chica supiera cómo es un bobo y los conociera á leguas, así como en el modo de andar conocemos nosotros á Santa-Anna.

El que fué designado con tan extraño apodo lanzó una carcajada ruidosa, y dirigiendo á su interlocutor una mirada despreciativa, le dijo con tono vehemente:

—Mira el caso que hago de tus burlas.

Y continuaron largo rato los festivos jóvenes, gastando su buen humor en recíprocas bromas, en ridiculizar á los transeúntes, ya burlándose de sus fachas, ya fingiéndoles héroes de aventuras ridículas; en referir chascarrillos reales ó supuestos, en comentar sucesos de la vida escolar, en ensalzar á unos profesores y en

deprimir á otros, y en tantas y tantas nonadas en que suele evaporarse la necesidad de expansión que hierve en los pechos juveniles.

Interesante y pintoresco, en verdad, era el grupo formado por aquellos cuatro troneras, que tan alegremente se emancipaban de las faenas del estudio. El que en el corto diálogo anterior fué llamado Pacotillas era de alta estatura, tez morena, talle delgado y complexión seca; su apostura era arrogante, y sus movimientos, rápidos y prontos, denotaban el sello nervioso de su actividad; vestía con cierto descuido, y esta circunstancia realizaba, en vez de amenguar, la simpatía que inspiraba su persona. Contaría escasos veintitrés años; distinguíanse en su fisonomía, como rasgos salientes, ojos grandes, oscuros, de mirar vivo, cejas pobladas, afilada nariz, labios gruesos, sombreado el superior por fino bigote.

El apodo con que sus compañeros le designaban no procedía de defecto físico ó singularidad moral: provenía sencillamente de que, llamándose Francisco Téllez, sus compañeros comenzaron á decirle Paco Téllez, y más tarde les pareció más chusco hacer de los dos vocablos uno solo, y éste fué Pacotillas. El mote tuvo, como se ve, una procedencia ú origen que un pedante se apresuraría á calificar de *fonético*; por lo demás, al despreocupado joven le importaba muy poco que le llamaran de este ó del otro modo, con tal que no le confundieran con nadie.

No sucedía lo mismo con Patillitas: ni con su apodo, ni con su persona. En él, el mote sí recordaba un defecto físico, y á la par una ridícula presunción moral.

Patillitas era el tipo del lagartijo, del elegante cursi, su persona y su traje eran excesivamente relamidos y acicalados; peinaba sus cabellos con nimio esmero, se lavaba, se enjabonaba y frotaba casi hasta desollarse; su tez era de un blanco pálido, sus ojos eran claros y poco expresivos, en sus delgados labios bullía á menudo una sonrisilla que parecía preguntar: ¿No os agrado? Lo más notable de su rostro, al mismo tiempo que la más rara presunción de su vanidad, eran sus barbas. El hubiera querido engalanar su cara con un pelaje negro, magnífico, poblado y abundante; mas ¡oh desilusión! la naturaleza, que suele empeñarse en negarnos lo que anhelamos más, complacióse en colocar en las ambiciosas mejillas de este joven unas barbas ralas, escasas, de color dudoso, unas barbas verdaderamente anémicas; mas su dueño por una aberración singular las estimaba sobremanera, las acariciaba frecuentemente, ensayaba en ellas cuantos menjurjes llegaban á su noticia, y manifestaba indiscretamente la esperanza de que sus menguadas patillas llegasen á ser tan afamadas como los bigotes de Victor Manuel.

Los estudiantes, que son pintiparados para descubrir el lado ridículo de las cosas y personas, advirtieron pronto la fibra sensible de su compañero, al cual nada incomodaba más que ver deshonrada con afrentoso diminutivo aquella prenda ornamental de su cara. ¡Si á lo menos le llamaran Patillotas! Mas no lo quiso así la malicia de sus compañeros, que le escanciaban tan seguido el amargo mote como si hubieran olvidado que aquel aspirante á barbudo se llamaba Rómulo Alvarez.

¡Feo en verdad era el pobre Chango! Su característica y acentuada fealdad valióle el apodo; ver al mozo y pensar en un mono, era una misma cosa. Los pómulos del Chango eran prominentes, salientes sus mandíbulas, grandes, oblicuos y muy blancos sus dientes, abultados, gruesos, oscuros y como vueltos al revés sus labios, chata y remangada la nariz, deprimida la frente y la tez del color de una estatua de bronce. En cambio se distinguía por su vivacidad, por su chispeante y feliz ingenio, y por sus gestos animados y expresivos, que acababan de asemejarle á un changuito de los más graciosos. Se llamaba Juan Robles.

Antonio López era el nombre verdadero del cuarto interlocutor; nombre tal evocó en la memoria de alguien el recuerdo del famoso don Antonio López de Santa-Anna. Recordar tal personaje, y aplicar su segundo apellido al joven López fué todo uno; la ocurrencia tuvo tanta más gracia cuanto que el mozo, por tener en los pies ciertas excrecencias incómodas, cojeaba un poco al andar, lo que hacía que sus compañeros le llamaran también el cojo. Sobrado de apodos resultaba, pues, el pobre: cuando no le decían secamente el cojo, apellidábanle Santa-Anna á secas, y cuando no, llamábanle el cojo Santa-Anna.

Conocidos ya en sus motes, en sus nombres propios y en sus fachas, los cuatro paseantes, á quienes, poco á poco, iremos dando á conocer en sus sentimientos, en sus ideas y en sus costumbres, digamos al lector: que siguieron todo el resto de la tarde sacando de la callejera fiesta cuanto alegre zumo pudieron, que recorrieron

incontables veces la pequeña calle de Santa Catalina, que se detuvieron en los tendidos ó *puestos* de la calle, y compraron, rieron, comieron y chacotearon; que penetraron varias veces en la iglesia á fuerza de codazos y empellones, para holgarse más, y contemplar más de cerca las caras de las devotas; que se encontraron con diversos amigos, jóvenes como ellos, y como ellos alegres y bulliciosos, y que esos encuentros aumentaron como es de suponer el tamaño del corrillo y la alegría de los que lo formaban.

Todo acaba en este mundo, y aunque la fiesta no había terminado aún, sí acabó el deseo de solazarse que nuestros jóvenes habían sentido. No bien había empezado á oscurecer cuando, con esa movilidad propia de los jóvenes y que tiene mucho de la de los niños, parecióles que la fiesta se ponía sosa y resolvieron cambiar de placer.

—Patillitas, — dijo el Chango, — tú, que eres el más guapo y el más buen mozo de todos nosotros, debes obsequiarnos, pagándonos una copita en «La Estudiantina;» quizá ese derroche aproveche á tus queridas y desdichadas barbas. No te hagas sordo. ¿Aceptas?

—No, porque tendría que excluirte, — contestó el interpelado.

—La razón, sepamos la razón, — dijo el Chango.

—Es muy sencilla, — repuso Patillitas. — Hoy pusieron en la puerta de «La Estudiantina» un letrero que dice: Se prohíbe la entrada á los animales.

Una carcajada sonora de Santa-Anna y de Pacotillas acogió la salida de Patillitas.

—¡Qué gracioso! — exclamó gesticulando el Chango, — veo con gusto que, si no te crecen las barbas, pugna por crecerte el ingenio.

—Lo aplastó, — dijo Pacotillas. — Yo diré la verdadera razón por que rehusa Patillitas: no está en fondos, pues cuanto le viene á las manos lo gasta en drogas, perfumes, ungüentos, cosméticos y otras porquerías con que, á guisa de estiércol, abona el terreno estéril de sus mejillas.

—El hecho es cierto y su explicación falsa, como dice nuestro catedrático, — repuso Patillitas.

—Aclara, hombre, aclara, — dijo Santa-Anna.

—Pues el hecho es que no tengo más que un triste real, que pongo á disposición de mis amigos.

—Pues yo aumentaré con medio el fondo común, — dijo Santa-Anna.

—Y yo con medio medio, — exclamó Pacotillas, — pues no hay en mi caja más existencia en metálico.

—Ya que las partidas disminuyen en progresión, la mía será la mitad de medio medio, — dijo el Chango.

—Guárdatela, — dijo Pacotillas; — á tí te pondremos sal en la lengua, y harás visajes tan graciosos, que en cambio de ellos te servirán de balde, y todavía te saldrán debiendo.

—No nos sale la cuenta, — dijo Patillitas. — ¡Ah! se me ocurre una idea.

—¡Cosa rara! — dijo el Chango; — ó no es idea, ó es mala.

—Déjalo hablar, — dijo Pacotillas, — que tierras estériles dan una que otra vez ricos frutos.

—Merecéis que me calle, —dijo Patillitas, —mas no lo haré. Vaya una pregunta. ¿Conocéis el callejón del Espíritu Santo?

—¡Qué salida! —dijo Pacotillas, — apenas lo conozco de vista. ¿Está en París?

—Esperad, —dijo el que había preguntado primero; — en la acera que ve al oriente, cerca de la esquina de San Francisco, hay una cantinita muy comfortable, con un gabinetito reservado para que charlen los amigos, y lo más fino del negocio es que su dueño, un franchute muy tratable, me fia...

—¡Bravo! ¡bravísimo! — exclamó el Chango, palmo-teando con frenesí, — progresas, Patillitas: tienes ingenio, tienes ideas, tienes recursos, tienes crédito, ¿por qué no tienes barbas, hombre?

—¡Dale con las barbas! —dijo enfadado Patillitas, — si estuvieras enamorado de ellas, no las sacaras tanto á bailar; si vuelves á nombrarlas no te llevo.

—Pues entonces chitón, —dijo el Chango, — y vamos andando.

Dichas estas palabras dirigiéronse los cuatro amigos al callejón indicado por Patillitas.

Oscurecía, era ese momento melancólico y solemne en que traban confusa é imponente batalla el agitado día, que parece resistirse á abandonar el terreno, y la noche, silenciosa y quieta, impaciente por apoderarse del horizonte; en esos momentos se mezclan y revuelven extrañamente las luces y las sombras, el silencio, los rumores y los ruidos, la calma y la agitación.

Hacia el poniente distinguíase, tenue y blanquecino,

el fulgor del crepúsculo; las estrellas cintilaban tímidamente, tachonando como brillantes esparcidos al acaso en el fondo azul pálido de nuestro hermoso cielo primaveral. Los sonidos más diversos poblaban el aire. Frases sueltas, palabras aisladas, confusos murmullos, la voz humana en todos sus tonos revoloteaba en torno del oído, arrullándole con el monótono zumbar de sus hirsutas alas. El rodar de los coches, el pesado correr de los wagones, el resonante trotar de caballos y mulas, y el sonido ronco y estridente de la corneta del tranvía, producían ruidos desapacibles y estruendosos, dominados periódicamente por el grave y acompasado son de la campana mayor de la Catedral, que en ese momento daba el toque de oraciones; el metálico sonido inundaba el ambiente con instantáneo diluvio de lentas y voluminosas vibraciones, encubriendo y ahogando el complejo mare magnum de tan diversos ruidos.

Si el aire estaba henchido de los más variados sonos, presentábase el panorama poblado de las más diversas figuras. Gentes de variada estatura y distinto traje caminaban en direcciones varias y con caprichosa cele-ridad; corría el encendedor de un farol á otro, y hacía surgir en el diáfano seno de cada uno la radiante mariposa del gas, que vertía en contorno el denso haz de sus dorados hilos; los focos de la luz eléctrica, de súbito y por invisible mano encendidos, proyectaban sobre el suelo y paredes sus fantásticos y plateados rayos. Distingúanse formas inmóviles mezcladas con formas movedizas, veíanse bultos de claros contornos revueltos con otros de indeterminados y oscuros límites;

deslumbraban la vista sitios bañados por luz vivísima, mientras que otros se vislumbraban apenas, mal iluminados por oblicuos y pálidos rayos.

Aquel espectáculo crepuscular, aquella confusa mezcla de sonidos y formas que aturdían el oído y distraían la vista, pareció influir sobre nuestros alegres colegiales, predisponiéndoles á los pensamientos graves y á las emociones melancólicas. El enervante, aunque variado espectáculo, proyectóse como mancha gris sobre el brillante fondo del regocijo de los muchachos, conspirando, para ponerlos taciturnos, con el cansancio producido por tan largo y agitado paseo. Su goce pareció suspenderse, su entusiasmo enfriarse, y disiparse su bullicioso júbilo; ya no gastaron más bromas, sino que recorrieron gravemente las calles del Reloj y del Seminario, luego el espacioso jardín del atrio, luego las concurridas calles de Plateros, y llegaron, por fin, dando cima á su tarde de holganza, al lugar á que fueron invitados por el garboso Patillitas.

CAPÍTULO II

Un rato de expansión

Una pieza bastante grande, comunicando con la calle, y otra interior, de menores dimensiones, formaban el expendio de licores, la distribución de copas y embriagueces, en donde penetraron nuestros cuatro conocidos. La casa se llamaba «La Unión de los Amigos;» una farola de vidrios apagados, suspendida sobre la puerta de

entrada, ostentaba ese título trazado con negros caracteres; un gran mostrador corría á lo largo de uno de los testers de la primera pieza, la pared correspondiente hallábase cubierta por un vasto armario, en cuyos tableros se alineaban las insidiosas botellas, que en su seno diáfano contienen el licor de los sombríos efectos.

En el largo y estrecho espacio comprendido entre mostrador y armario agitaban su obesa personalidad los esposos Fleury, dueños de la casa, infatigables escanciadores de diversos brebajes y distribuidores de sonrisas amabilísimas; en el resto de la pieza contábanse hasta seis mesitas de madera, pintadas de blanco y veteadas imitando el mármol, y sostenidas en dos pies de hierro fijados en el pavimento; en torno de las mesitas disponíanse los parroquianos formando grupos de dos, tres ó cuatro, y conversaban con más ó menos animación, mientras apuraban á paulatinos sorbos los líquidos que habían pedido; algunos, libando diversas bebidas, jugaban al dominó, y dos extranjeros, graves, silenciosos y pensativos, sumergíanse en las hondas cavilaciones que les sugería la partida de ajedrez que traían empeñada.

La pieza de adentro, salvo el menor número de mesas, la falta de armario y mostrador, el estar las paredes tapiadas con un papel menos nuevo, y el encontrarse, por lo general, menos concurrida, era muy parecida á la primera. La noche que nuestros amigos honraron aquel lugar estaba completamente sola, lo cual les complació en extremo, pues así podrían considerarse como en su casa, y hablar con desembarazo y sin traba alguna.

Después de saludar á los amables esposos, después de